ALBERTO ROJAS MOSCOSO

UN MUNDO EN GUERRA

Los conflictos que amenazan la estabilidad internacional

Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Alberto Rojas Moscoso
Derechos exclusivos de edición:
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile.

Diseño de portada: Isabel de la Fuente

1ª edición: junio de 2025

RPI: 2025-A-2740
ISBN: 978-956-408-782-5

Impreso en: CyC Impresores Ltda

ALBERTO ROJAS MOSCOSO

UN MUNDO EN GUERRA

Los conflictos que amenazan la estabilidad internacional

Planeta

La guerra es un fenómeno humano, y las razones que llevan a ella son siempre las mismas: el deseo de poder, el miedo y el honor.

TUCÍDIDES

Índice

Introducción 11

CAPÍTULO 1. El turbulento comienzo del siglo XXI 17
CAPÍTULO 2. La invasión rusa a Ucrania 52
CAPÍTULO 3. La amenaza china sobre Taiwán. 95
CAPÍTULO 4. Las disputas en el mar del Sur de China..... 124
CAPÍTULO 5. Corea del Norte y la dinastía de los Kim 152
CAPÍTULO 6. El conflicto entre Israel y Palestina..... 198
CAPÍTULO 7. La "guerra fría" entre Arabia Saudita e Irán 256
CAPÍTULO 8. El complejo escenario de América Latina ... 295
CAPÍTULO 9. Chile: Una mirada estratégica 328
CAPÍTULO 10. El Ártico y su importancia geopolítica..... 365

A solo ochenta y nueve segundos de la medianoche..... 399

Agradecimientos 401

Bibliografía..... 403

CAPÍTULO 1

El turbulento comienzo del siglo XXI

¿Cuándo comienza un nuevo siglo? Técnicamente, el primer día del año cuyos dos últimos dígitos son "01"; y finaliza el último día del año que termina en "00". Por ejemplo, el siglo XX comenzó el 1 de enero de 1901 y terminó el 31 de diciembre de 2000. Por lo tanto, el siglo XXI se inició el 1 de enero de 2001 y terminará el 31 de diciembre de 2100.

Sin embargo, más allá de la lógica de este cálculo matemático, lo cierto es que existen otras miradas al respecto, que ayudan a comprender de manera mucho más acabada los procesos que han dado forma al mundo en el que vivimos. Y, sobre todo, a la cadena de acontecimientos políticos, económicos, sociales y militares que han moldeado los primeros años de este siglo.

Por ejemplo, hay interpretaciones historiográficas que sugieren que el siglo XIX, entendido no solo como un período, sino como una era con características políticas, culturales y sociales particulares, terminó en 1918, coincidiendo con el fin de la Primera Guerra Mundial. Este enfoque se basa en la idea de que este conflicto y sus consecuencias marcaron el término de una era de relativa estabilidad y progreso que había caracterizado gran parte del siglo XIX.

Uno de los historiadores que propuso esta idea fue el británico Eric Hobsbawm (1917-2012). En su obra *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991* (Historia del siglo XX: 1914-1991), Hobsbawm sugiere que el "largo siglo XIX", marcado por el liberalismo, el imperialismo colonial y el crecimiento económico, realmente concluyó con los trastornos causados por la Primera Guerra Mundial y las revoluciones que siguieron, especialmente la Revolución bolchevique de 1917, en Rusia. Y que, por lo tanto, el "corto siglo XX" comenzó tras el fin de la Primera Guerra Mundial, en 1918, y cerró con la caída de la Unión Soviética en 1991.

Esta visión no se basa en una cronología estricta, sino en la interpretación de los eventos históricos como catalizadores de cambios profundos en la estructura global, marcando el fin de una era y el comienzo de otra.

A su vez, Immanuel Wallerstein (1930-2019), un destacado sociólogo y teórico estadounidense, sugirió que el verdadero comienzo del siglo XXI debía ser visto en el contexto de la transformación del orden global de la posguerra fría. Según Wallerstein, el colapso de la Unión Soviética en 1991 marcó el fin del siglo XX, pero el nuevo siglo no comenzó inmediatamente después.

Wallerstein identificó eventos posteriores, como los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, como un punto de inflexión que realmente señala el comienzo del siglo XXI en términos históricos. Estos eventos, según Wallerstein, simbolizan el inicio de una era caracterizada por la incertidumbre y la inestabilidad en el orden global.

Tanto Wallerstein como Hobsbawm parecen coincidir en el hecho de que —realmente— el siglo XX terminó en 1991, y que los años posteriores marcaron el camino hacia el actual siglo, caracterizado en términos geopolíticos por transiciones, guerras, puntos de inflexión y un desafío al sistema político internacional vigente.

En ese sentido, resulta casi imposible comprender el fin del siglo XX sin remitirnos a la época en la que comenzó el desplome de la Unión Soviética y que culminó con el término de la larga Guerra Fría.

La caída de la URSS y el fin de la Guerra Fría

El colapso de la Unión Soviética —entre 1989 y 1991— fue el resultado de una serie de factores estructurales, reformas fallidas y eventos clave que marcaron el fin de una de las mayores potencias del siglo XX. Las raíces del colapso se encontraban en los problemas profundos que habían plagado al sistema soviético durante décadas, especialmente en su economía. La rígida planificación centralizada, característica del modelo comunista, había demostrado ser ineficaz para fomentar la innovación y el crecimiento sostenido. Para finales de los años ochenta, la economía soviética estaba en franco declive, con un crecimiento que apenas alcanzaba el 1 % anual, mientras que el gasto militar seguía absorbiendo un porcentaje desproporcionado del PIB, exacerbado por la carrera armamentista con Estados Unidos. La escasez de bienes básicos y los desequilibrios macroeconómicos generaban un creciente descontento entre la población, minando la legitimidad del régimen.

A estos problemas económicos se sumó una crisis política y social. El Partido Comunista, que había sido el pilar del sistema soviético,

enfrentaba un creciente descontento interno y externo. Las repúblicas soviéticas, especialmente las bálticas (Estonia, Letonia y Lituania) y del Cáucaso (Armenia, Azerbaiyán y Georgia), comenzaron a demandar mayor autonomía, mientras que movimientos de oposición cobraban fuerza en toda la región. La falta de flexibilidad del sistema político, combinada con décadas de corrupción y represión, debilitó aún más la cohesión de la Unión Soviética.

En este contexto, Mijaíl Gorbachov, un político más joven y de mentalidad más abierta que sus predecesores, elegido secretario general del Partido Comunista en 1985, buscó poner en marcha reformas profundas para modernizar el sistema. Su política de perestroika (reestructuración) introdujo medidas que intentaban descentralizar y modernizar la economía. Sin embargo, estas reformas resultaron contraproducentes: en lugar de revitalizar el sistema, generaron una inflación descontrolada y mayor incertidumbre económica[1].

Paralelamente, la glasnost (transparencia) fomentó una mayor libertad de expresión y apertura política, permitiendo que la sociedad realizara críticas al régimen. Aunque esta medida buscaba legitimar el liderazgo de Gorbachov, terminó erosionando aún más la autoridad del Partido Comunista y fomentando movimientos nacionalistas en las repúblicas soviéticas.

Los eventos de este periodo aceleraron el desmoronamiento del sistema soviético. Uno de los momentos más simbólicos fue la caída del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, que marcó el fin de la división ideológica en Europa. Este acontecimiento no solo reflejó la debilidad del bloque soviético, sino que también inspiró a otras naciones de Europa del Este a liberarse de la influencia de Moscú.

En Polonia, el régimen comunista liderado por Wojciech Jaruzelski[2], comenzó a tambalearse antes de 1989. En agosto de ese año, tras años de huelgas lideradas por el sindicato independiente Solidaridad —bajo el liderazgo de Lech Walesa—, se llevaron a cabo las primeras elecciones parcialmente libres en un país del bloque soviético. El resultado fue contundente: Solidaridad obtuvo el 99 % de los escaños disponibles en el Senado, y Tadeusz Mazowiecki se

1. Sheehy, Gail. "Gorbachov. The making of the man who shook the world". Págs. 198-202. Heinemann-London. 1991.
2. Fue el último líder comunista de Polonia y también ejerció como primer ministro y jefe de Estado (1981-1989). Aunque declaró la ley marcial en 1981 para suprimir a Solidaridad, su gobierno no pudo frenar el descontento social y político. Supervisó las negociaciones de la "Mesa Redonda" (1989), que llevaron a elecciones semilibres y al fin del régimen comunista.

convirtió en el primer jefe de Gobierno no comunista en la región desde el fin de la Segunda Guerra Mundial[3].

Checoslovaquia vivió una revolución pacífica, conocida como la Revolución de Terciopelo. Entre noviembre y diciembre de 1989, manifestaciones masivas en Praga y otras ciudades, lideradas por figuras como Václav Havel[4], llevaron al colapso del régimen comunista. El 10 de diciembre, el presidente Gustáv Husák renunció, y el 29 de diciembre Havel asumió como presidente, marcando el inicio de una transición democrática.

En Rumania, la caída del comunismo fue mucho más violenta. Nicolae Ceaușescu, conocido por un régimen represivo y el culto a su personalidad, enfrentó protestas masivas en diciembre de 1989. Estas comenzaron en Timișoara y rápidamente se extendieron a Bucarest. El 22 de diciembre, Ceaușescu fue derrocado tras un levantamiento militar. Tres días después, fue ejecutado junto con su esposa, Elena, tras un juicio sumario. Según las estimaciones, alrededor de mil cien personas murieron durante la revolución rumana.

En Hungría, el régimen también comenzó su transición antes de 1989. En 1988, János Kádár fue reemplazado como líder del Partido Comunista, y en mayo de 1989 se comenzaron a desmantelar las fortificaciones en la frontera con Austria, un gesto simbólico de apertura hacia Occidente. El 23 de octubre de 1989, Hungría fue declarada república y comenzó su transición democrática[5].

Estos eventos no solo reflejaron la fragilidad del bloque soviético, sino que también presionaron a la URSS, que, bajo el liderazgo de Gorbachov, no pudo ni quiso intervenir militarmente, como Moscú lo había hecho en el pasado (por ejemplo, en Hungría en 1956 o Checoslovaquia en 1968).

Al poco tiempo, la creciente presión interna se manifestó de manera más dramática en el llamado golpe de agosto de 1991, un intento de los sectores más conservadores del Partido Comunista y del KGB para restaurar el control autoritario y retrotraer a la URSS a los años más duros de la Guerra Fría.

---

3. En este proceso jugó un papel fundamental la figura de Juan Pablo II, el primer papa polaco, que de una u otra manera buscó liberar a su país del régimen comunista que lo gobernaba desde 1947.
4. Václav Havel (1936–2011) fue una figura clave en la transición de Checoslovaquia del comunismo a la democracia, conocido tanto por su papel como disidente y dramaturgo como por su liderazgo político en el periodo posterior a la Guerra Fría.
5. Madridejos, Mateo. "La caída del muro. Del comunismo a la democracia". Págs. 145-155. Ediciones B. Grupo Z. Buenos Aires. 1990.

Las tensiones crecieron cuando Gorbachov, a mediados de 1991, negoció un nuevo tratado de la Unión que otorgaba mayor autonomía a las repúblicas soviéticas, lo que para los conservadores significaba una amenaza a la unidad del país.

El 19 de agosto de 1991, mientras Gorbachov estaba de vacaciones en la residencia de verano en Foros, Crimea, un grupo de altos funcionarios del gobierno y el Partido Comunista formó un Comité Estatal para el Estado de Emergencia (GKChP, por sus siglas en ruso) para tomar el control del país. Entre los organizadores del golpe estaban: Gennady Yanáyev, vicepresidente de la URSS, quien asumió la presidencia de facto durante el golpe; Vladímir Kruchkov, jefe del KGB; Dmitri Yázov, ministro de Defensa; y Valentín Pavlov, primer ministro de la URSS.

El golpe comenzó con el aislamiento de Gorbachov, quien fue mantenido bajo arresto domiciliario en su *dacha* de Crimea. Los golpistas enviaron tanques a Moscú y declararon un estado de emergencia. Sin embargo, el golpe encontró una fuerte resistencia, especialmente en la capital. Y también de parte de los principales gobernantes occidentales, que exigían pruebas de que Gorbachov estaba vivo y a salvo.

Boris Yeltsin, presidente de la Federación Rusa, se convirtió en el líder de la oposición al golpe, y desde la Casa Blanca rusa (como se conoce el edificio del Parlamento en Moscú), Yeltsin organizó la resistencia popular. Incluso, en un acto simbólico, el primer día del golpe subió a un tanque frente a la Casa Blanca moscovita y llamó a los ciudadanos a defender la democracia. Miles acudieron a las calles, bloqueando el avance de los tanques.

La falta de coordinación entre los golpistas, la resistencia popular y la lealtad de buena parte del ejército a Yeltsin llevaron al fracaso del golpe en solo tres días. El 21 de agosto, los insurreccionistas fueron arrestados, y Gorbachov regresó a Moscú. Sin embargo, el intento de golpe había debilitado aún más su autoridad y aceleró el colapso final de la Unión Soviética. En las semanas siguientes, Yeltsin consolidó su poder, prohibió las actividades del Partido Comunista en Rusia y preparó el terreno para la disolución formal de la URSS, en diciembre de 1991.

"Mijaíl Gorbachov fue un agente de cambio crucial tanto en su país como en el extranjero. Se propuso preservar la Unión y hacerla más viable. Trató de reformar y revitalizar la URSS y reposicionarla

para que siguiera compitiendo con Occidente, aunque de manera pacífica. Tenía objetivos claros y amplios, pero no tenía nada claro cómo alcanzarlos", asegura la historiadora Kristina Spohr. "Tras comenzar con una reforma económica parcial, pronto se radicalizó, convencido de que la verdadera reestructuración solo funcionaría si se combinaba con la liberalización política. La perestroika y la glásnost fueron de la mano. Todo esto formaba parte del proceso de adaptación".

"Su visión de Europa contemplaba un 'hogar común europeo' en el que una Unión Soviética reformada tendría su sitio entre todas las demás naciones europeas. Su visión de las futuras relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética incluía la cooperación y asociación entre superpotencias a pesar de las diferencias ideológicas, unas relaciones que iban más allá de la mera coexistencia pacífica, respaldadas por serios esfuerzos de control de armamento, especialmente a través de los tratados de Fuerzas Convencionales en Europa (FCE) y de Reducción de Armas Nucleares Estratégicas (START por sus siglas en inglés), firmados, respectivamente, en 1990 y 1991"[6].

El golpe de agosto de 1991 marcó el final simbólico del sistema soviético y, aunque fracasó en su intento de restaurar el control central, mostró la profunda división dentro de la élite soviética y evidenció que el sistema estaba en su etapa terminal. Este evento, combinado con las crecientes demandas de independencia en las repúblicas soviéticas, selló el destino de la URSS.

Finalmente, el 8 de diciembre de 1991, los líderes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia firmaron los Acuerdos de Belavezha, declarando formalmente la disolución de la Unión Soviética y estableciendo la Comunidad de Estados Independientes (CEI).

Días, más tardes, el 25 de diciembre, Gorbachov renunció como presidente de la URSS, marcando el fin oficial de una potencia que había moldeado gran parte del siglo XX. La caída de la Unión Soviética no solo puso fin a la Guerra Fría, sino que también transformó radicalmente el panorama político y económico mundial.

Un ejemplo de ello fue la experiencia del cosmonauta soviético Serguéi Krikaliov, quien el 19 de mayo de 1991 despegó a bordo de

6. Spohr, Kristina. "El legado de Gorbachov: despreciado en Rusia, denostado en China y venerado en Occidente". El País de España. 3 de septiembre, 2022. Disponible en: https://elpais.com/internacional/2022-09-04/el-legado-de-gorbachov-despreciado-en-rusia-denostado-en-china-y-venerado-en-occidente.html

la nave Soyuz TM-12 hacia la estación espacial Mir, acompañado por el comandante Anatoli Artsebarski y la astronauta británica Helen Sharman. Inicialmente, su misión estaba programada para durar aproximadamente cinco meses.

Sharman, la primera británica en viajar al espacio, estuvo en la estación Mir apenas ocho días, ya que regresó a la Tierra el 26 de mayo de 1991 en la Soyuz TM-11, junto con los cosmonautas soviéticos Víktor Afanásiev y Musa Manárov, quienes habían completado su misión de larga duración en la estación. Mientras que Artsebarski permaneció en la Mir por cinco meses, hasta el 10 de octubre de 1991. Durante su estadía fuera del planeta, realizó seis caminatas espaciales para instalar y reparar equipos en la estación.

El colapso político y económico impidió el envío de una tripulación de relevo, lo que obligó a Krikaliov a prolongar su permanencia en órbita. Finalmente, tras 312 días en el espacio y más de cinco mil órbitas alrededor de la Tierra, Krikaliov regresó el 25 de marzo de 1992. Cuando aterrizó, la Unión Soviética ya no existía y, por lo tanto, él ya no era ciudadano soviético, sino ruso, pues la URSS se había disuelto en su ausencia.

Con el colapso de la Unión Soviética, quince repúblicas soviéticas obtuvieron su independencia: Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Estonia, Georgia, Kazajistán, Kirguistán, Letonia, Lituania, Moldavia, Rusia, Tayikistán, Turkmenistán, Ucrania y Uzbekistán. Cada una de estas naciones enfrentó desafíos únicos en su transición hacia sistemas políticos y económicos independientes.

Los primeros en consolidar su independencia fueron los Estados bálticos. Estonia, Letonia y Lituania, que habían sido anexados por la URSS en 1940, declararon su independencia en 1990, pero solo fueron reconocidos oficialmente tras el intento fallido de golpe en Moscú. Todas ellas iniciaron rápidas reformas que fueron transformando sus sociedades.

En Estonia, la economía experimentó un crecimiento anual promedio del 7 % entre 1995 y 2000, gracias a la adopción temprana de políticas de libre mercado. Letonia y Lituania también iniciaron reformas drásticas, reduciendo la inflación que había alcanzado el 900 % en Letonia, en 1992.

Y Ucrania, con su independencia proclamada el 24 de agosto de 1991, se convirtió en el segundo país más importante surgido tras el colapso soviético, con una población de cincuenta y dos millones (1991).

La transición ucraniana fue compleja. Se mantuvo bajo un sistema político semipresidencial con el liderazgo de Leonid Kravchuk, quien fue elegido primer presidente el 1 de diciembre de 1991, con el 61 % de los votos.

Además, Ucrania heredó el tercer arsenal nuclear más grande del mundo[7], que finalmente entregó en virtud del Memorándum de Budapest de 1994, a cambio de garantías de seguridad por parte de Rusia, Estados Unidos y el Reino Unido.

Al mismo tiempo, la región del Cáucaso se transformó en un foco de inestabilidad. El conflicto de Nagorno-Karabaj entre Armenia y Azerbaiyán (1988-1994) resultó en más de veinticinco mil muertos y un millón de desplazados. En Georgia, la independencia en 1991 estuvo marcada por guerras civiles y separatismos en Abjasia y Osetia del Sur.

En ese contexto, el fin de la Guerra Fría dejó a la OTAN como la principal alianza militar en Europa[8]. Y por eso, ante el vacío de poder y la inseguridad percibida en los Estados poscomunistas, muchos países de la antigua Europa del Este buscaron ingresar en la alianza.

En 1997, el Acta Fundacional OTAN-Rusia intentó establecer una relación de cooperación, pero no evitó tensiones posteriores. En 1999, Polonia, Hungría y la República Checa se convirtieron en los primeros miembros del antiguo bloque oriental en unirse a la OTAN. Este movimiento fortaleció la presencia occidental en Europa Central.

La segunda gran expansión ocurrió en 2004 con la adhesión de Estonia, Letonia, Lituania, Eslovaquia, Eslovenia, Bulgaria y Rumania. Los países bálticos, en particular, buscaban protección contra posibles futuras amenazas rusas.

Sin embargo, la expansión de la OTAN hacia el este fue percibida por Rusia como una amenaza directa. En 2008, la cumbre de Bucarest discutió la posible inclusión de Ucrania y Georgia, lo que intensificó las tensiones. Rusia respondió invadiendo Georgia en agosto de 2008 y más tarde anexando ilegalmente Crimea, en 2014.

---

7. Para 1992, Ucrania se había convertido en la tercera potencia nuclear del mundo, después de Rusia y Estados Unidos, con cerca de tres mil ojivas.
8. Su principal rival, el Pacto de Varsovia, que había surgido en 1955, se había autodisuelto en 1991.

Mientras tanto, tras la disolución de la URSS, Rusia asumió el papel de estado sucesor[9], con Boris Yeltsin como su primer presidente. Yeltsin enfrentó enormes desafíos para transformar una economía planificada en una de mercado.

En enero de 1992, el gobierno introdujo reformas diseñadas por Yegor Gaidar[10], pero la liberalización de precios provocó una inflación del 2.500 % ese año, lo que redujo drásticamente el poder adquisitivo. El PIB ruso cayó un 40 % entre 1991 y 1998, y el desempleo superó el 13 % en 1995.

A su vez, las privatizaciones masivas de activos estatales, especialmente en sectores estratégicos como el petróleo, gas y minería, favorecieron la aparición de oligarcas como Mijaíl Jodorkovski y Román Abramóvich. Y en 1995, las subastas de préstamos por acciones otorgaron el control de empresas como Yukos (una de las mayores compañías petroleras de Rusia) y Norilsk Nickel (principal compañía minera y metalúrgica de Rusia y del mundo, especializada en la extracción y procesamiento de metales no ferrosos y preciosos) a grupos privados a precios irrisorios, consolidando un sistema de desigualdad extrema.

Asimismo, la situación política rusa también enfrentó importantes desafíos. En 1993, una disputa entre Yeltsin y el Parlamento culminó en el asedio y bombardeo de la Casa Blanca rusa en Moscú, lo que dejó más de ciento cincuenta muertos. Este evento consolidó a Yeltsin como líder, pero debilitó la democracia emergente.

Además, en 1998, Rusia enfrentó una crisis financiera que provocó la devaluación del rublo, la bancarrota de numerosas empresas y la renuncia del gabinete de Serguéi Kiriyenko. El crecimiento económico no se recuperaría hasta los años 2000, con un joven Vladímir Putin ya como presidente.

En medio de este histórico proceso de cambios políticos de alcance mundial, es imposible no detenernos en la figura de Erich Honecker, último líder de Alemania Oriental (RDA) entre 1971 y 1989, y su vínculo con Chile.

---

9. La Federación Rusa se hizo cargo de todos los compromisos y tratados firmados por la Unión Soviética y pasó a ocupar su asiento al interior del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas hasta la fecha.
10. Gaidar fue un economista y político ruso, conocido principalmente por su papel clave en la implementación de las reformas económicas que transformaron la economía de Rusia tras la disolución de la Unión Soviética. Estas reformas, apodadas "terapia de choque", marcaron una transición abrupta de una economía planificada a una economía de mercado.

Honecker renunció el 18 de octubre de 1989 a su cargo como secretario general del Partido Socialista Unificado de Alemania, presionado por miembros del propio partido, en medio de crecientes protestas sociales y una crisis interna que erosionó el control del país. Fue reemplazado por Egon Krenz, pero esto no detuvo el desmoronamiento del régimen ni el colapso del Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989.

Tras la reunificación alemana, en 1990, Honecker se enfrentó a cargos judiciales en la nueva Alemania unificada, acusado de haber dado la orden de disparar contra personas que intentaban cruzar el Muro de Berlín. Inicialmente, encontró refugio en una base militar soviética en Alemania, pero la disolución de la Unión Soviética complicó su situación. Y por eso, en 1991, se trasladó a Moscú, donde buscó asilo en la Embajada de Chile.

En ese entonces, el gobierno del presidente Patricio Aylwin había nombrado a Clodomiro Almeyda como embajador en Moscú, en 1990.

Honecker permaneció refugiado en la embajada chilena durante seis meses (entre diciembre de 1991 y julio de 1992), hasta que producto de la presión de Alemania las autoridades rusas extraditaron a Honecker ese año. Entonces, fue llevado a juicio en Berlín, acusado de crímenes relacionados con las muertes de personas que intentaron escapar de la RDA. Sin embargo, el proceso judicial fue interrumpido debido a su deteriorado estado de salud; Honecker padecía cáncer de hígado.

En 1993, se le permitió viajar a Chile para reunirse con su esposa, Margot Honecker, y su hija Sonja, quienes ya residían allí. Pasó sus últimos años en Santiago de Chile, viviendo en relativa oscuridad y sin mayor protagonismo político. Honecker murió el 29 de mayo de 1994, a los ochenta y un años.

La figura de Honecker sigue siendo controvertida, considerado por algunos como un símbolo del autoritarismo comunista y, por otros, como un líder que brindó estabilidad a Alemania Oriental. Su vida posterior al poder ilustra el destino de muchos líderes de regímenes comunistas tras el fin de la Guerra Fría: la confrontación con su pasado y la caída en desgracia en un nuevo orden mundial.

Los complejos años noventa

Con el colapso de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, Estados Unidos emergió como la única superpotencia global, consolidando un dominio sin precedentes en la política internacional, la economía y la cultura global. Este periodo (1992-2001) marcó un cambio fundamental en el orden internacional: el mundo pasó de estar definido por un equilibrio bipolar entre Estados Unidos y la Unión Soviética a un sistema unipolar liderado por Washington. Este cambio fue articulado explícitamente por el presidente republicano George H. W. Bush, quien afirmó que Estados Unidos no solo era la única potencia real tras el fin de la Guerra Fría, sino que también tenía la responsabilidad de garantizar la estabilidad y el progreso del nuevo orden mundial.

En discursos clave, como el pronunciado ante el Congreso estadounidense en marzo de 1991, Bush presentó la visión del "nuevo orden mundial", defendiendo un sistema basado en la cooperación internacional bajo la guía de Estados Unidos, con el compromiso de promover la paz, la democracia y los derechos humanos[11]. Esta visión definió el enfoque de política exterior de EE. UU. durante los años noventa y estableció el tono para una década de intervenciones militares, expansión cultural y liderazgo económico.

La hegemonía estadounidense no solo se manifestó en su poderío militar y económico, sino también en su creciente involucramiento en conflictos internacionales, bajo la premisa de que Estados Unidos tenía la capacidad y la obligación de intervenir para mantener la paz y proteger los derechos humanos. La administración republicana de Bush padre, y posteriormente la del demócrata Bill Clinton, utilizaron esta doctrina para justificar una serie de acciones militares y diplomáticas en todo el mundo.

Por ejemplo, en Somalia, la Operación Restaurar la Esperanza, iniciada en diciembre de 1992, a pocos días de que Bush dejara la Casa Blanca, y continuada luego por Bill Clinton, reflejó el compromiso de Estados Unidos con las intervenciones humanitarias. Su objetivo era garantizar la distribución de ayuda en Somalia (como alimentos y medicinas), devastada por la guerra civil y la hambruna. Sin embargo, la misión se complicó cuando las fuerzas estadounidenses se enfrentaron a las milicias locales que robaban y

11. Nye, Jr., Joseph S. "Understanding International Conflicts". Págs. 189-190. Longman. 1997.

traficaban esa ayuda en el mercado negro. La más peligrosa de ellas era liderada por Mohamed Farrah Aidid.

En ese contexto, la batalla de Mogadiscio, el 3 y 4 de octubre de 1993, que dejó dieciocho soldados estadounidenses muertos y cientos de somalíes fallecidos, expuso los riesgos de estas intervenciones[12]. Las imágenes de los cadáveres de soldados estadounidenses arrastrados por las calles de la capital somalí impactaron profundamente a la opinión pública, llevando a la retirada de las fuerzas estadounidenses en 1994.

En contraste, la inacción de Estados Unidos y la comunidad internacional durante el genocidio de Ruanda —al año siguiente— dejó un profundo cuestionamiento sobre las limitaciones del compromiso humanitario. ¿La razón? Entre abril y julio de 1994, alrededor de ochocientas mil personas, en su mayoría tutsis, fueron asesinadas en cien días. Esta vez no hubo un despliegue militar internacional a gran escala, influido por el temor a repetir los errores de Somalia, y años después Bill Clinton reconocería esta omisión como uno de los mayores errores de su administración.

Por su parte, la desintegración de Yugoslavia a principios de los años noventa condujo a una serie de conflictos étnicos, políticos y religiosos, en los cuales Estados Unidos y la OTAN desempeñaron un papel que pudo ser mayor .

En Bosnia (1992-1995), la guerra civil incluyó el sitio de Sarajevo y atrocidades como la masacre de Srebrenica, en julio de 1995, donde más de ocho mil musulmanes bosnios fueron asesinados. En respuesta, Estados Unidos lideró una campaña aérea de la OTAN ("Operación Fuerza Deliberada"), en agosto de 1995, que facilitó la negociación de los Acuerdos de Dayton, firmados el 14 de diciembre de 1995.

Años después, en Kosovo (1999), la OTAN intervino nuevamente para detener la limpieza étnica llevada a cabo por las fuerzas yugoslavas bajo Slobodan Milošević. La campaña de bombardeos ("Operación Fuerza Aliada"), liderada por EE. UU., comenzó el 24 de marzo de 1999 y obligó a las fuerzas yugoslavas a retirarse de Kosovo tras setenta y ocho días.

Y aunque precedió al periodo de 1992-2001, la guerra del Golfo consolidó el liderazgo militar norteamericano en la región. La

12. Bowden, Mark. "Black Hawk Down. A Story of Modern War". Págs. 71-77. Atlantic Monthly Press. New York. 1999.

invasión de Kuwait por Irak, en agosto de 1990, llevó a la formación de una coalición internacional liderada por Estados Unidos, que movilizó a más de quinientos mil soldados[13] en la Operación Tormenta del Desierto. En febrero de 1991, las fuerzas iraquíes fueron expulsadas de Kuwait. Sin embargo, la decisión de no derrocar a Saddam Hussein dejó tensiones latentes en la región, que continuarían en los años siguientes.

Además de su liderazgo militar, Estados Unidos también dominó la cultura y la economía global durante este periodo. Conceptualizado como "poder blando" por el politólogo Joseph Nye, este se expresó a través de la expansión de su influencia cultural, tecnológica y económica. Por ejemplo, Hollywood se consolidó como el epicentro del cine internacional. Películas como *Titanic* (1997), que recaudó más de US$ 2.200 millones, y *Jurassic Park* (1993), fueron éxitos globales. En la música, artistas como Michael Jackson, Madonna y Britney Spears alcanzaron una fama sin precedentes, mientras que géneros como el pop y el hip-hop de origen estadounidense, dominaron la escena movilizados también por los nuevos avances en las telecomunicaciones.

A su vez, el auge de la tecnología fue liderado también por empresas estadounidenses como Microsoft, Apple e Intel, que impulsaron la revolución informática. La popularización de la internet transformó la comunicación global, pasando de menos del 1 % de la población conectada en 1990 al 5 % en 2000; casi seis millones de personas en 1990 y cerca de cuatrocientos millones en 2000. Eso posibilitó la aparición del comercio electrónico, que comenzó a despegar con la fundación de empresas como Amazon en 1994 y eBay en 1995.

Durante la década de 1990, la economía estadounidense experimentó un crecimiento notable, alcanzando un promedio del 4 % anual entre 1992 y 2000. Este aumento fue impulsado por varios factores, incluyendo la expansión de la inversión en tecnología y un entorno económico favorable.

Según datos del *Bureau of Economic Analysis*, el Producto Interno Bruto (PIB) de Estados Unidos creció a una tasa promedio de 3,6 % anual durante la década de los noventa, con *peaks* significativos en años como 1999, cuando el crecimiento alcanzó el 4,2 %[14].

---

13 Prácticamente la misma cantidad máxima de (son soldados, no oficiales) que llegó a desplegar en la guerra de Vietnam.

14. Falck, Melba E. "Evolución económica de Estados Unidos en la posguerra". Revista México y la Cuenca del Pacífico. Enero-abril de 2000.

La expansión económica fue sostenida y se caracterizó por un bajo desempleo y una inflación controlada, lo que permitió un ambiente propicio para el crecimiento empresarial y el consumo.

La administración de Bill Clinton logró superávits presupuestarios consecutivos por primera vez desde la década de 1960. Y en el año fiscal 2000, alcanzó aproximadamente US$ 236 mil millones , lo que representó el mayor superávit fiscal desde 1948[15]. Este aumento fue utilizado para reducir la deuda pública y financiar programas sociales como Medicare y la Seguridad Social, reflejando un enfoque fiscal conservador en medio de un crecimiento económico robusto.

Sin embargo, esta supremacía enfrentó desafíos significativos hacia finales de la década, como el surgimiento del terrorismo transnacional, representado por Al Qaeda, y el ascenso de nuevos actores globales como China, que comenzarían a reconfigurar el equilibrio de poder en el siglo XXI.

El crecimiento de China durante los años noventa y su integración en el sistema global redefinieron su papel como un actor central en la economía y la política mundial. Bajo el liderazgo de Deng Xiaoping, quien continuó impulsando reformas económicas iniciadas en 1978, China experimentó un crecimiento sostenido a lo largo de toda la década.

Durante el período mencionado, la economía de China experimentó un crecimiento extraordinario, con un aumento promedio anual del PIB superior al 9 %. En 1990, el PIB nominal de China era de aproximadamente US$ 360 mil millones, y para el año 2001, había crecido a US$ 1,3 billones.

Desde 1990 hasta 2001, China tuvo un crecimiento del PIB que promedió cerca del 9 % anual. Este crecimiento fue impulsado por estratégicas reformas económicas y una apertura al comercio internacional[16].

El PIB nominal de China en 1990 fue reportado como de US$ 360 mil millones, mientras que en 2001 llegó a los US$ 1.339 mil millones, lo que representaba un aumento notable y estableció a China como uno de los motores económicos globales.

Las exportaciones chinas crecieron de US$ 62 mil millones en 1990 a más de US$ 325 mil millones en 2001, consolidando su

15. Mclean, Renwick. "Clinton opta en sus presupuestos por reducir la deuda pública en vez de bajar los impuestos". El País de España. 01 de febrero de 1999.
16. "Unpacking China's GDP". China Power. Unpacking the complexity of China's rise. Center for Strategic & International Studies. Disponible en: https://chinapower.csis.org/

posición como un actor clave en el comercio global. Y cuando se produjo la crisis asiática (1997-1998), China jugó un papel crucial al mantener la estabilidad del yuan, lo que ayudó a evitar un colapso mayor en los mercados asiáticos. Este movimiento fortaleció su reputación como un actor responsable en el sistema financiero internacional.

En estas condiciones, el 11 de diciembre de 2001, China se unió a la Organización Mundial del Comercio (OMC), marcando un punto de inflexión en su integración global. Esto no solo impulsó su economía, sino que también atrajo inversión extranjera directa, que pasó de US$ 3.500 millones en 1990 a US$ 46.000 millones en 2001.

Pero China no solo buscó consolidar su economía; también inició un proceso de "recuperación territorial". En 1997, Hong Kong fue devuelto a China por el Reino Unido bajo el principio de "un país, dos sistemas", que garantizaba un alto grado de autonomía para Hong Kong hasta 2047. Y lo mismo hizo en 1999, cuando recuperó Macao de manos portuguesas.

Mientras tanto, en Europa, se vivió uno de los periodos más significativos de integración política y económica. En 1993, el Tratado de Maastricht entró en vigor, estableciendo formalmente el nacimiento de la Unión Europea (UE) y ampliando sus competencias más allá de lo económico, hacia áreas como la política exterior, la seguridad y la justicia. Este tratado sentó las bases para una mayor cohesión política entre los Estados miembros y redibujó el continente.

Durante los años noventa, se firmaron acuerdos de asociación con ex países comunistas de Europa del Este, como Polonia, Hungría y la República Checa, preparándolos para la adhesión a la UE. Aunque no se incorporaron oficialmente hasta 2004.

En 1999, se introdujo el euro como moneda común para once países distintos, incluidos Alemania, Francia, Italia y España, aunque inicialmente solo para transacciones electrónicas. Y en 2001, Grecia se unió al sistema del euro, llevando a doce países europeos a compartir una moneda común, que representaba aproximadamente el 15 % del PIB global.

Asimismo, la UE también desempeñó un papel en la estabilización de los Balcanes tras los conflictos derivados de la disolución de Yugoslavia. En Bosnia, los acuerdos de paz de Dayton, en 1995, sentaron las bases para la reconstrucción, mientras que, en Kosovo,

la intervención de la OTAN de 1999, con apoyo europeo, marcó un punto crítico en la región[17].

Pero mientras Europa avanzaba hacia una mayor integración y China consolidaba su posición económica, el Medio Oriente y el mundo islámico vivían una etapa de creciente inestabilidad. El islamismo radical, alimentado por la ocupación soviética de Afganistán (1979-1989) y los conflictos posteriores, emergió como una fuerza desestabilizadora en los años 90 y Al Qaeda, liderada por Osama bin Laden, se convirtió en el principal símbolo del terrorismo global[18].

En ese aspecto, Andrea Arístegui y Gonzalo Montaner lo explican muy bien en su libro *11S. La amenaza de Al Qaeda continúa*:

"A fines del siglo XX, Al Qaeda comenzaba a dirigir una serie de grupos yihadistas repartidos por el mundo y operaba en funciones de proselitismo y financiamiento en los Estados Unidos y Europa. Asimismo, reclutaba combatientes de las más diversas latitudes, ya que tenía la capacidad de llamar a todos los musulmanes del orbe, pues había ganado el apoyo de varios clérigos radicales. Estas acciones hallaron asidero en un mundo que se volvía cada vez más multicultural y cosmopolita, y donde se hacía más fácil la penetración y el despliegue del alqaedismo"[19].

El primer atentado contra las Torres Gemelas, en febrero de 1993, fue la alerta de esta nueva clase de peligro, tan diferente a la amenaza comunista soviética. Y para la cual Estados Unidos no parecía estar preparado. Al menos así lo recuerda Richard Clarke, quien fuera coordinador del Consejo Nacional de Seguridad en los gobiernos de George H. W. Bush, Bill Clinton y George W. Bush.

"Hacía tres años que Osama bin Laden había formado Al Qaeda. Y en la CIA y el FBI no solo nadie conocía esta organización, sino que, al parecer, tampoco habían oído hablar de Bin Laden. En las reuniones que mantuvimos en 1993, nunca se había mencionado ese nombre entre los sospechosos del atentado al World Trade Center"[20].

Tres años después, en 1996, Bin Laden emitió una *fatwa* declarando la guerra contra Estados Unidos y sus aliados. Y para 1998,

17. Clark, Wesley K. "NATO's Balkan Interventions". Foreign Affairs 80, no. 6 (November/December 2001): 54-68.
18. Gause III, F. Gregory. "El reino en el medio. El doble juego de Arabia Saudí". Págs. 129-134. En: "¿Por qué sucedió? El terrorismo y la nueva guerra". Hoge, Jr., James y Gideon Rose Paidós. Barcelona. 2002.
19. Arístegui A., Andrea y Gonzalo Montaner P. "11S. La amenaza de Al Qaeda continúa". Pág. 16. La Máquina Editores. 2021.
20. Clarke, Richard A. "Contra todos los enemigos". Pág. 108. Taurus. Buenos Aires. 2004.

Al Qaeda perpetró los atentados simultáneos contra las embajadas estadounidenses en Nairobi (Kenia) y Dar es Salaam (Tanzania), dejando 224 muertos y más de cuatro mil heridos. Hasta que en 2000, el destructor USS "Cole" fue atacado en Yemen, causando la muerte de diecisiete tripulantes estadounidenses.

Por otro lado, los Acuerdos de Oslo de 1993 ofrecieron esperanza para resolver el conflicto entre israelíes y palestinos, pero el asesinato del primer ministro israelí Yitzhak Rabin (1995), el inicio de la Segunda Intifada (2000) y el fallecimiento de Yasser Arafat (2004) profundizaron las divisiones y el proceso de paz acabó descarrilando.

A su vez, bajo el régimen de Saddam Hussein, Irak enfrentó severas sanciones económicas y restricciones militares impuestas por Naciones Unidas tras la primera guerra del Golfo. Las sanciones contribuyeron a una crisis humanitaria, exacerbando las tensiones en la región.

Y en 1996, tras casi una década de guerra civil luego de la retirada soviética, los talibanes tomaron el control de Kabul y establecieron un régimen basado en una interpretación estricta de la ley coránica, también conocida como *sharía*. De esta forma, Afganistán se convirtió en un refugio seguro para Al Qaeda y en un punto central de tensión geopolítica que continuaría durante la década siguiente.

Todo esto sería el preámbulo para una nueva etapa que marcaría no solo a Estados Unidos, sino al mundo entero.

La Guerra contra el Terrorismo

El 11 de septiembre de 2001 fue un punto de inflexión en la historia contemporánea, transformando las relaciones internacionales, la política de seguridad y el orden global. Los ataques terroristas perpetrados por el grupo islamista Al Qaeda —tras años de planificación— buscaban infligir un golpe devastador a Estados Unidos, tanto simbólica como estratégicamente, para mostrar la vulnerabilidad del país y movilizar al mundo musulmán contra lo que Bin Laden percibía como una "agresión estadounidense en Medio Oriente".

El arquitecto del plan fue Jalid Sheij Mohammed, quien presentó la idea a Bin Laden en 1996. Tras su evaluación, el líder de Al Qaeda aprobó y financió el ataque, asignando aproximadamente quinientos mil dólares para su ejecución.

El primer paso fue la conformación de un equipo que llevara adelante la operación. Diecinueve hombres, de ellos quince provenientes

de Arabia Saudita, fueron seleccionados para llevar a cabo el ataque. Todos recibieron entrenamiento en Afganistán antes de infiltrarse en Estados Unidos, donde tomaron clases de vuelo y vivieron de manera discreta.

El 11 de septiembre cuatro aviones comerciales fueron secuestrados casi simultáneamente con el objetivo de convertirlos en verdaderos misiles: el vuelo 11 de American Airlines, a las 8:46 a. m., impactó la Torre Norte del World Trade Center en Nueva York; el vuelo 175 de United Airlines, a las 9:03 a. m., fue estrellado contra la Torre Sur; el vuelo 77 de American Airlines, a las 9:37 a. m., impactó contra el Pentágono en Arlington, Virginia; y el vuelo 93 de United Airlines, a las 10:03 a. m., cayó en un campo en Shanksville, Pensilvania, después de que los pasajeros intentaran retomar el control de la aeronave. Se cree que su objetivo era el Capitolio o la Casa Blanca.

Tras un día que parecía sacado de una película de Hollywood, los atentados dejaron 2.977 víctimas mortales y más de seis mil heridos, la mayoría en el colapso de las Torres Gemelas. Entre las víctimas se encontraban ciudadanos de más de noventa países, incluyendo a dos chilenos: Juan Armando Ceballos y Roy Michael Noel Wallace Moreno[21].

Los daños materiales se estimaron en más de US$ 60.000 millones de dólares, mientras que el impacto económico indirecto en sectores como la aviación y el turismo fue de cientos de miles de millones.

A lo anterior hubo que agregar que más de cuatrocientos bomberos y socorristas perdieron la vida en las operaciones de rescate, y miles más quedaron expuestos a toxinas que les provocaron enfermedades a largo plazo.

En ese contexto, el 11S no fue un evento aislado, sino el clímax de una larga serie de tensiones entre Al Qaeda y Estados Unidos. ¿Cuáles fueron y por qué?

En primer lugar, tras la primera guerra del Golfo (1990-1991), Estados Unidos desplegó tropas en Arabia Saudita, lo que Bin Laden consideraba una "profanación" de los lugares sagrados del islam, como La Meca y Medina.

21. "A 20 años del 11S: el homenaje del Consulado General de Chile en Nueva York a los compatriotas fallecidos". El Mostrador. 10 de septiembre, 2021. Disponible en: https://www.elmostrador.cl/noticias/sin-editar/2021/09/10/a-20-anos-del-11s-el-homenaje-del-consulado-general-de-chile-en-nueva-york-a-los-compatriotas-fallecidos/

A su vez, la política estadounidense del presidente George W. Bush de apoyo a Israel y su papel en el conflicto palestino-israelí alimentaron el resentimiento en el mundo árabe. Y las sanciones impuestas por Naciones Unidas y promovidas por Estados Unidos tras la guerra del Golfo acabaron contribuyendo a una crisis humanitaria en Irak, lo que fue utilizado por Al Qaeda para ganar apoyo.

El 11S marcó un punto de inflexión en la política exterior y de seguridad de Estados Unidos, y la respuesta de Washington no se hizo esperar. En menos de una semana, el presidente Bush declaró el inicio de la Guerra contra el Terrorismo, con el objetivo de eliminar no solo a los responsables directos, sino también a todas las organizaciones y Estados que apoyaran el terrorismo: "La búsqueda está en marcha para encontrar a aquellos que estuvieron detrás de estos perversos actos. He destinado todos los recursos de nuestras agencias de inteligencia y de seguridad para encontrar a los responsables y llevarlos ante la justicia. No haremos ninguna distinción entre los terroristas que cometieron estos actos y aquellos que los amparan".

El 7 de octubre de 2001, menos de un mes después de los ataques, EE.UU. lanzó la Operación Libertad Duradera, una intervención militar en Afganistán para derrocar al régimen talibán, que había ofrecido refugio a Osama bin Laden y a los líderes de Al Qaeda, y que albergaba los campos de entrenamiento de la organización terrorista.

En diciembre de 2001, las fuerzas estadounidenses y sus aliados de la OTAN tomaron Kabul y establecieron un gobierno provisional liderado por Hamid Karzai.

A pesar de los esfuerzos iniciales para capturar a Bin Laden, este logró evadir a las fuerzas estadounidenses, lo que llevó a un conflicto prolongado: la guerra se extendió durante dos décadas y se convirtió en el conflicto más largo en la historia de Estados Unidos[22]. De hecho, se estima que la guerra en Afganistán —para 2021— superó los dos billones de dólares, considerando tanto los gastos militares como los costos de reconstrucción y asistencia.

En términos internos, en octubre de 2001, el Congreso aprobó la Ley Patriota, que amplió significativamente las capacidades de vigilancia y seguridad interna del gobierno estadounidense. Aunque justificadas en el contexto de la lucha antiterrorista, estas

22. Crawford, Neta C. "20 años de guerra contra el terror en 20 cifras". The Conversation. 9 de septiembre de 2021. Disponible en: https://theconversation.com/20-anos-de-guerra-contra-el-terror-en-20-cifras-167171

medidas fueron criticadas por erosionar derechos civiles y libertades individuales.

En esa línea, tras la invasión de Afganistán, EE.UU. enfrentó el desafío de manejar un gran número de detenidos sospechosos de vínculos con Al Qaeda, los talibanes y otras organizaciones terroristas. Por eso, el 11 de enero de 2002, los primeros veinte detenidos llegaron a la base naval de Guantánamo (Cuba), en condiciones que levantaron alarmas sobre posibles violaciones a los derechos humanos.

La presencia estadounidense en Guantánamo se remonta al Tratado cubano-estadounidense, firmado en 1903 (tras la guerra entre EE.UU. y España de 1898), mediante el cual Cuba arrendó de manera perpetua a Estados Unidos un área de aproximadamente 117 km^2 en la bahía de Guantánamo (sureste de la isla) para establecer estaciones navales y de embarque. Según este acuerdo, Estados Unidos tendría "jurisdicción y control absoluto" sobre la zona, pero reconociendo la "soberanía suprema" de Cuba sobre el territorio.

El arriendo se fijó en dos mil dólares en oro al año. Sin embargo, en 1934, el presidente Franklin D. Roosevelt actualizó el acuerdo con una nueva cláusula, estableciendo que el arriendo solo podía ser cancelado si ambas partes estaban de acuerdo. Además, el pago anual fue ajustado a US$ 4.085.

Tras la revolución cubana de 1959, el gobierno de La Habana rechazó el pago del arriendo como un símbolo de su oposición a la presencia estadounidense en la isla. Según el expresidente Fidel Castro, Cuba había aceptado solo uno de estos cheques por error, mientras que el resto había sido devuelto o ignorado.

En este contexto, la base de Guantánamo[23] fue elegida debido a su ubicación fuera del territorio continental estadounidense, lo que se consideró estratégicamente ventajoso para mantener a los detenidos fuera del alcance del sistema judicial de EE.UU., limitando sus derechos legales.

En palabras del entonces secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, los detenidos eran "los peores de los peores", justificando su confinamiento indefinido sin cargos formales ni juicios. Pero lo cierto es que el uso de Guantánamo estuvo marcado por numerosas denuncias

23. En su punto máximo, el campo de detención llegó a albergar a cerca de 680 detenidos, en 2003. Sin embargo, para febrero de 2025, en la instalación permanecían apenas quince prisioneros, luego de una transferencia de once detenidos yemeníes a Omán, en enero de ese año.